

Sierra; buscó entre las banderas que adornaban el dosel del gran Juárez, alguna que pudiera arrancar para tenerla en sus manos, y, en efecto, fué hasta el dosel, tomó una bandera mexicana, y adelantándose hacia el público habló en versos, comenzando así:

En este fausto día
en que el sol de la gloria reverbera,
dejadme tremolar vuestra bandera,
yo que no puedo tremolar la mía.

Una nutrida salva de aplausos le saludó al instante; todos los ojos estaban empañados por las lágrimas; Juárez le miró con aquellos ojos oscuros y luminosos que habían visto el triunfo de la República desde las estepas de Paso del Norte, y lo aplaudió al concluir, cuando dijo esta cuarteta:

Del proscrito cubano
acoge el gran amor que por tí encierra,
no quiero esclavo ser allá en mi tierra
y vengo aquí á ser libre y mexicano.

El que así habló era el gran poeta Alfredo Torroella; en medio de atronadores aplausos volvió á abrazar á Justo Sierra, sentáronse ambos, juntos, departiendo como dos hermanos que hubieran vuelto á verse después de largos años de ausencia, y á los pocos minutos daban las once, y el gran Juárez, solemne y severo, se levantó de su asiento con la ban-

dera nacional en la mano, se adelantó hacia el público y gritó con voz sonora:

¡Viva la independencia de México!
¡Vivan los héroes de 1810!
¡Viva la República!

Retiróse del salón y en seguida vióse por la calle de Vergara un inmenso grupo del pueblo que salía victoreando y aclamando á dos jóvenes que iban del brazo, luchando porque no les aizara en hombros aquella multitud entusiasmada y loca de regocijo y de patriotismo.

Aquellos jóvenes eran Alfredo Torroella y Justo Sierra; ¡dos almas que con fraternales vínculos se unieron desde entonces!

Reliquias preciosas

de la guerra de Independencia.

El uniforme de Morelos.

EL Museo de Artillería ocupa en Madrid parte del sitio en que se levantaba el antiguo palacio del Buen Retiro.

Creado en 1803, con el título de Museo Militar, sufrió terriblemente el Dos de Mayo de 1808, pues entonces estaba en el parque viejo; de allí lo trasladaron al Palacio de Buenavista, y por último, al lugar donde yo fui á visitarlo.

Tiene amplias salas y magníficas colecciones de armas portátiles. Abundan los primitivos arcabuces de mecha, las piezas de artillería de hierro y bronce, y se cree que en ninguna otra parte de Europa hay mejor colección de lombardas y bombardas.

Hay gloriosos trofeos de inapreciable valor histórico, y se encuentran con profusión modelos en escala reducida de máquinas y útiles

de guerra antiguos y modernos. El Museo tiene talleres propios donde se construyen dichos modelos.



Es muy curioso para el extranjero visitar la planta baja, por que lo ocupa la colección de artillería que data desde el siglo XII (su primera época), pero le ofrece mayores atractivos el salón alto de ingreso, porque en él se encuentran la tienda de campaña de los Reyes Católicos, el pendón de guerra de Carlos V y muchas banderas tomadas en distintas épocas.

Ví entre esas banderas algunas de Lepanto, de los franceses, de Cabrera, el jefe carlista, y del exgeneral López en la Isla de Cuba; pero de pronto me encontré con unas que tienen esta inscripción: «Del cura Morelos».

Un calofrío nervioso sacudió mi cuerpo.

Aquellas banderas azules, blancas y destinadas, polvorientas, rotas, escondidas casi entre tantas otras, habían tremolado en los combates dados por el gran caudillo suriano, por el héroe admirable que asombró á sus enemigos con su genio.

Pasaron por mi memoria los nombres de Acapulco, Oaxaca, Valladolid, Cuautla, y se

me nublaron los ojos y surgió en mis recuerdos el humilde monumento que tenemos consagrado al admirable caudillo en el jardín de su nombre.



Volvía ya de mi ensimismamiento, cuando me encontré un pendón que se dice fué «el que llevó Hernán Cortés á la conquista de México», y más adelante, cerca de las espadas de Suero de Quiñones, Sancho Dávila, Diego de Mendoza y otras antiguas, colocada entre las de Palafox, Castaños, Wellington y Torrijos, la espada de Mina.

Por allí cerca, completo y bien cuidado, distinguí un uniforme que dice «Uniforme de Generalísimo de América, que perteneció al cura José María Morelos.»

Lo confieso sin ruborizarme; no me importó el público; me acerqué á aquellas sagradas ropas y sobre la solapa roja, en el sitio que me pareció más cercano al corazón, imprimí respetuosamente un beso.

Algunas gentes me miraron con extrañeza y el guía me dijo con indiferencia:

—Ese uniforme, según me cuentan, le tomaron las tropas de Calleja.

—Ese uniforme—le respondí—si yo pudie-

ra, lo arrancarí de allí para mandarlo á mi patria.

—Señorito, yo creo que se puede arreglar eso con el Gobierno.

En efecto, á los pocos días mi inolvidable general Corona me dijo que ya había tratado de ese asunto y que estaban conformes con cambiarlo por una reliquia histórica de la conquista.



En el mismo Museo me encontré un retrato al óleo del Sr. Morelos.

Una mexicana oriunda de Oaxaca, doña Trinidad Carreño, que vivía modestamente en una de las más humildes dependencias del palacio de los duques de Medinaceli, ganaba el sustento haciendo copias de grandes cuadros en el Museo del Prado.

Un día el Consejo me preguntó si yo conocía á mi paisana, y como le dijera que no, fué á mostrármela.

Me le acerqué; la dije quién era; hablamos de México, y ella fué la que más tarde, pensionada por nuestro Gobierno, le obsequió, en testimonio de gratitud, con una copia del retrato del gran héroe.

Ese retrato, cuya copia se conserva en la

sala de Comisiones de la Cámara de los Diputados, fué encontrado junto con el uniforme en uno de los baules que como botín de guerra quitaron á los insurgentes los realistas de Calleja.

Además del retrato y del uniforme del señor Morelos, se conservan allí dos pistolas, un pectoral (cruz de oro con amatistas), una silla de montar, una chaquetilla ó piqueta con bordados y una bandera de las que usaron los insurgentes en el Veladero.

El pectoral, según cuenta el erudito historiador D. Lucas Alamán, es el que se remitió al Ilmo. Sr. Campillo, Obispo de Puebla, en un convoy que desde Veracruz conducía Olazábal, y que fué tomado en Nopalúcan, en Abril de 1812. Y agrega el sabio escritor hablando del retrato de Morelos:

«El cura Sánchez que cogió esta alhaja la regaló á Morelos, quien agregó á la extremidad de la cruz una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe. Tiene, además, un cordón de oro de que está suspendido el sable y en el sombrero montado que lleva bajo el brazo se ve la cinta azul celeste y blanca adoptada por los insurgentes».

Los objetos pertenecientes á Morelos estaban en el Ministerio de la Guerra, de donde se llevaron al Museo de Artillería por Real

orden del general D. Baldomero Espartero, Duque de la Victoria, cuando era Regente del Reino, en 15 de Junio de 1841.

Nuestro Museo Nacional de Artillería conserva preciosas reliquias del ilustre insurgente, y entre ellas la carta que envió á su hijo (D. Juan Nepomucemo Almonte) con el traidor Carranco, y en la cual le dice: «Morir es nada cuando por la patria se muere», y le aconseja prosiga la obra comenzada por el inmortal hidalgo.

No puede leerse dicha carta siendo mexicano sin sentir que las lágrimas nublan los ojos. Es un documento hermosísimo, que pinta el carácter del gran héroe del Sur. Está escrita en Tepecoacuilco el 13 de Noviembre de 1815. Allí están una purera de plata, un relicario del mismo metal y una Virgen del Rosario bordada de seda, plata, oro y perlas, que el Sr. Morelos tomó en la parroquia de Carácuaro y le acompañó en todas sus campañas.

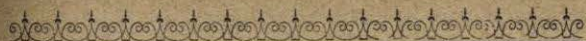
Todos esos objetos los encontró en el equipaje del héroe, el teniente coronel José Gabriel Armijo, cuando sorprendió con sus fuerzas el Congreso de Chilpancingo, y así lo comunicó al virrey D. Félix María de Calleja, en el parte fechado en Chichihualco el 4 de Marzo de 1814.

No puedo explicar mis impresiones en el Museo de Artillería de Madrid, porque el lenguaje es para ello mezquino y rebelde.

Cuando se está ausente de la patria se siente tan vivo amor por todo lo que le pertenece, que yo, enfrente de aquellas banderas, de aquel uniforme, de aquel retrato, me sentía orgulloso de ser mexicano y de haber visto con mis ojos las reliquias del que no en vano consideramos como el mayor héroe que ha pisado nuestro suelo.

¡Salve, oh Morelos! Tu aliento poderoso, tu fe inextinguible, tu sencillez republicana, tu amor á tus hermanos, me obligaron á darte el tributo de mis lágrimas de reconocimiento en aquella hermosa tierra de la cual dijiste en Acapulco:

«¡Viva España hermana, pero no dominadora de América!»



13 de Septiembre de 1847.

Noble rasgo del general Monterde.
Los héroes prisioneros.

CUANDO los alumnos del Colegio Militar bajaron del cerro que sirve de pedestal al Castillo, se dirigieron al costado de la puerta de entrada, donde existía, rodeado de una tapia, un espacio que se llamaba «el jardín». Allí se encontraron con muchos jefes y oficiales que, replegados por las columnas americanas que ya ocupaban la puerta del bosque, buscaban una posición para seguir combatiendo.

Pero como los norteamericanos que habían subido al Castillo hacían nutrido fuego sobre los alumnos y demás individuos que en aquel lugar se encontraban, alguien, acaso un jefe superior, mandó enarbolar un trapo blanco, en una altura, á guisa de bandera, que indicaba la suspensión de hostilidades.

Después de hecho esto no quedaba otro

recurso que el de consentir en que los hicieran prisioneros, y los norteamericanos, en efecto, entraron al lugar aquél y obligaron á salir á todos los jefes y oficiales y alumnos, desarmándolos y formándolos en la calzada que se extendía de la puerta del bosque á la antigua rampa.

Tuviéronlos allí mientras descendía toda la tropa americana que estaba ocupando el Castillo y sus dependencias, así como la que había penetrado por la puerta del bosque.

Esto sería como á las once de la mañana del día 13, y todos los mexicanos allí formados, vieron desfilar delante de ellos á los invasores, que marchaban hacia la garita de Belem para atacar la ciudad.

Incontinenti condujeron á todos los prisioneros, bien escoltados, al Colegio, poniendo á los jefes y alumnos en un gran salón, que era arriba, la Biblioteca, punto central del edificio y cuyas puertas quedaron custodiadas por soldados norteamericanos.

Los alumnos nuestros veían con asombro que aquellos centinelas hacían su cuarto de pie ó sentados cómodamente.

En aquel día les dieron de comer á nuestros soldados un poco de totopo y nada más. A los Generales prisioneros se los llevaron á Tacubaya donde tenía el enemigo su Cuartel

general, y con todos fué el general Monterde, que era Director del Colegio.

Desde el día siguiente el general Monterde, con recursos propios, mandaba para la manutención de los alumnos, algunos alimentos, que eran bien escasos; se informaba del estado de salud de cada uno de ellos.

En su cariño paternal por los hijos del Colegio llegó á este extremo: hubo un día en que, agotados sus propios elementos, no tuvo con qué comprar el pan para los jóvenes soldados y mandó á una casa de préstamos á empeñar la capa que le servía de abrigo.



Después de la ocupación de la ciudad por los invasores, las familias de los alumnos ya tuvieron manera de averiguar el paradero de sus miembros, y ya comunicados con ellos, les facilitaron los recursos posibles, dadas la distancia que les separaba y los peligros é inseguridad del camino.

Conocido el carácter juvenil, fácil es comprender que los alumnos, resignados con su situación, no perdieron ni por un instante su buen humor, y aún se ocupaban en hacer travesuras á los norteamericanos que les cus-

todiaban, sin consultar ni medir los riesgos á que con esto se exponían.

Allí vieron los alumnos cortar brazos y piernas con la fría crueldad á que obligaba entonces la falta de anestésicos.

Entre tantas operaciones presenciaron la de cortar el brazo á Hilario Pérez de León y á Agustín Melgar.

Era una escena horrible. Se tendía al enfermo en un banco de cama y lo agarraban los soldados más fuertes parando sus movimientos de brazos y piernas, teniéndole otro la cabeza y haciendo campo al cirujano para que cortara la carne y aserrara el hueso, dejando caer la sangre que corría coagulándose en el pavimento.



Al cabo de veinte ó veintidós días, se reunió á los alumnos en el primer patio, y allí les habló un jefe americano, proponiéndoles de parte del general Scott, que si juraban no volver á tomar las armas contra ellos les pondrían en libertad.

Esta proposición indignó á los jóvenes, y contestaron unánimemente que no la aceptaban. En vez de disgustarse el jefe americano, sonrió satisfecho é hizo elogios de aquella pa-

triótica conducta, ofreciendo comunicársela desde luego á su General en Jefe.

Los alumnos volvieron en seguida al lugar en que estaban prisioneros, y el jefe regresó á la capital.



Dos días después de ese acontecimiento volvió el mismo jefe con una orden del general Scott, en que se prevenía que, tomando nota de los nombres y domicilios de cada uno de los alumnos, se les comunicara que continuaban en calidad de prisioneros, pero dándoles la ciudad como cárcel.

En el acto emprendieron los jóvenes su marcha para la ciudad con el regocijo que les inspiraba volver al seno de sus hogares y con las conciencias tranquilas de haber cumplido con su deber sin faltar á lo que juraran ante la bandera de la Patria.

Bajaban ya la pendiente del cerro, cuando se les vió detenerse y cortar algunas flores silvestres y algunas ramas y dirigirse á un sitio donde estaban los restos de unos hornos de ladrillo.

Allí fué cada uno depositando su ofrenda con respetuoso silencio y con los ojos llenos de lágrimas.

Era que en aquel sitio les habían dicho que estaban sepultados los cadáveres de sus compañeros Ezcútia, Suárez, Melgar, Márquez y Montes de Oca.

—Oye, Miguel—dijo alguno—¿y si no es verdad que los han enterrado aquí?

—¡Qué nos importa!—respondió Miguel Miramón.—Donde quiera que estén verán con los ojos del alma que sus hermanos, sus compañeros de armas, les rendimos un homenaje á su memoria. ¡Han muerto por la Patria!

Conmovidos todos con estas palabras, bajaron la rampa, ganaron la puerta del bosque y se dirigieron á la ciudad, ya no tan alegres como antes de pensar en sus compañeros.

—En cuanto lleguemos á México hay que bajar los ojos y no alzarlos hasta estar dentro de nuestras casas.

—¿Por qué?

—Para no ver la bandera de las estrellas, que ya está izada en Palacio.

—Tienes razón; no nos queda más remedio que ver algo tan hermoso como la bandera nuestra; los rostros de nuestras madres.



NOTA.—*Los alumnos tuvieron la ciudad por cárcel durante el tiempo que permaneció en México el Ejército norteamericano.*

Al volver el Gobierno nacional, se instaló de nuevo el Colegio Militar en una casa que hace esquina con las calles tercera del Rastro y callejón de las Arrecogidas.



La humildad de un heroe.

EL general Vicente Guerrero, indomable en sus luchas en favor de la independencia, fué de origen humilde.

Su padre se dedicó á trabajos de la arriería, y desde muy niño condujo las recuas de una de las principales haciendas del acaudalado y nobilísimo español D. Gabriel de Yermo.

Como es sabido, Guerrero se fué á defender á su patria en las montañas del Sur, sin que logran hacerlo desistir de su propósito, ni las súplicas de su padre, que llegó á pedirle de rodillas que reconociera al Gobierno español.

Cuando triunfó la causa de la independencia, Guerrero no fué olvidado por el pueblo, que le eligió Presidente algunos años después del derrumbamiento del trono de Iturbide.

Siendo Presidente, se vió obligado á autorizar la expulsión de los españoles residentes en el país, pero recordando los favores muy personales que debía á D. Gabriel de Yermo,

le hizo saber que él no quedaba comprendido en esas disposiciones, y que podía permanecer tranquilo en la República, al frente de sus vastas propiedades.

Don Gabriel, muy conmovido al leer la carta del primer Magistrado de la Nación, se vistió con su más rico traje, empuñó el bastón de caña de Indias con puño de topacio, montó en su coche y se dirigió á Palacio á darle las más expresivas gracias.

No bien se anunció, cuando le dijeron que pasara al salón de recepciones.

Allí vió á su antiguo sirviente, de gran uniforme de General de división, de pie, junto al dosel que cubre la silla destinada al más alto dignatario de la patria. Con toda la exquisita cortesía de su abolengo, se adelantó hasta cerca del supremo sitio, y mirando respetuosamente á Guerrero, comenzó de esta manera:

—Excelentísimo señor...

Guerrero, con los ojos llenos de lágrimas, al reconocer á su antiguo protector, salió á su encuentro, interrumpiéndole:

—No, señor amo; de tú como siempre.

Don Gabriel le abrió los brazos, y palpitaron juntos, por largo rato, aquellos dos nobles corazones.



Diente por diente.

Episodio de la guerra de intervención.
(Años de 1862 á 1867.)

ESTABA en todo su vigor de encarnizamiento y de crueldades la guerra entre mexicanos y franceses.

Bazaine tenía como aliados á los austriacos, á los húngaros, á los belgas y á los argelinos.

Estos últimos eran unos negros hereúleos, vestidos como los zuavos, pero con uniforme de color azul pálido con vivos amarillos.

Los niños de entonces nos quedábamos sorprendidos cuando por las calles veíamos aquellos soldados de rostro de ébano, en que resaltaba la blancura de los ojos y la de los dientes; aquellos cuerpos de elevada talla, arrogantes al caminar y quietos como gigantes estatuas de bronce cuando estaban de centinelas á la puerta de Palacio.

Las gentes del pueblo salían á los zaguanes

de las casas de vecindad, cuando algún chucuelo gritaba con voz de terror: ¡Los negros! ¡Los negros!, y los miraban con una curiosidad indecible.

En Tamaulipas, en donde el coronel Dupín había cometido toda clase de excesos, contándose por centenares los fusilamientos, los incendios, las violaciones, los saqueos de casas y tiendas, los plagios de mujeres y niños y cuanto de cruel é inhumano puede concebirse, había un guerrillero liberal, valiente como un Cid, que era el que se batía sin tregua con aquella legión de demonios infernales que acaudillaba Dupín.

Ese guerrillero era Pedro Méndez.

Y se vengaban el uno del otro, y tenían tales revanchas, que en cierta ocasión Méndez enterró vivos á varios soldados de Dupín, dejando que á flor del suelo asomaran las cabezas.

Entonces provocó al Jefe francés para que se viniera sobre aquel punto con el ímpetu que acostumbraba, y los cascos de los caballos rompieron, como débiles nueces, los cráneos de los prisioneros, mientras Pedro Méndez se alejaba satisfecho de su obra.



Dupín tenía por brazo derecho al capitán Margueritte, y Pedro Méndez al capitán Amador.

Cierta noche Margueritte sorprendió á Amador, lo derrotó completamente, lo hizo prisionero, lo colgó de un árbol y lo fusiló colgado, alejándose en seguida de aquel punto.

Todo indicaba que Amador estaba muerto, pero Méndez, que á las pocas horas fué á verlo, encontró que vivía, merced á una bala que le perforó el cuello abajo de la tráquea, abriendo una hoquedad, por donde, sin saberlo aquel infeliz, siguió respirando.

Lleváronlo para curarlo, y con grandes atenciones y remedios de hierbas quedó listo á los pocos meses; volvió á batirse como siempre, y una noche sorprendió en un baile á Margueritte y lo hizo prisionero con todos sus argelinos.

—Le confieso á usted, Sr. D. Guillermo (le decía Amador á mi buen amigo D. Guillermo de Landa y Escandón, que me ha referido estos hechos), que me dió lástima pasar por las armas á todos aquellos gigantes, tan valientes y tan bien formados, y sólo perdoné á uno de dieciocho años para que viniera á México á dar á Bazaine la noticia.

—¿Y qué hizo usted con el capitán Margueritte?

—A ese lo fusilé, mandando yo personalmente la ejecución; le dí un tiro de gracia; después, con una gran piedra le estuve machacando la cabeza, hasta dejarla como tortilla; en seguida mandé llamar al cirujano de mayor fama en aquellos contornos, y le dije: «Le doy á usted cinco horas de plazo para que saque, lo más completa posible y me la entregue, la piel de este hombre.»

—Y venga usted á ver, Sr. D. Guillermo, aquí la tengo muy bien cuidada y en muy buen sitio.

Y Amador condujo á Landa á su recámara y alzó de junto á la cama un amplio tapete de paño rojo, sobre el cual estaba extendida y ajustada la piel del capitán Margueritte.

—¡Qué lástima—agregó Amador—que le hubiera yo desbaratado la cabeza y la cara, pues tenía muy buena cabellera rubia y un bigote muy espeso!



Así eran las venganzas de entonces y así eran de crueles y desalmados algunos guerrilleros.

Doscientos duros de limosna.

EN una de las veces en que fué á Madrid Adelina Patti, causando como siempre gran entusiasmo, los diarios repitieron hasta la saciedad que la celebrada artista había nacido en la Villa del Oso y del Madroño, es decir, que era madrileña, bautizada en la Párroquia de la Red de San Luis.

Contentos y orgullosos se mostraban todos los madrileños con ese dato biográfico, y no era raro escuchar en los cafés y en la Puerta del Sol, frases como éstas:

—¿Ya oiste á la paisana cómo canta el papel de Rossina en *El barbero de Sevilla*?

—¿Fuiste anoche al Real, á deleitarte con la diva española?

—Chico, ¡pero si á esta mujer admirable se le conoce lo madrileño á leguas! Los ojos, la sal, la gracia, son de aquellos que están gritando Madrid á los cuatro vientos!

Y sucedió al fin, según contaban en el Mentidero, que una noche, cuando Adelina estaba en su habitación rodeada de músicos, cantantes, actores, poetas y periodistas, sonó de pronto la campanilla anunciando visita de respeto, y el criado se presentó avisando que deseaba hablar con la eminente artista un sacerdote anciano.

—Que pase inmediatamente—dijo la Patti, y á los pocos instantes se presentó en el saloncillo un vejete tembloroso, de cuerpo encorvado, vestido con una angosta y larga sotana negra, de ojitos negros y vivos, de nariz aguileña, de boca desdentada y hundida y de barba saliente. Traía en una mano el negro y típico sombrero acanalado, en la otra un pañuelo de yerbas (en México los llamamos Paliacates) y un grueso bastón que le servía de báculo.

—Buenas noches—exclamó con voz suave y reposada.—¿Es aquí donde puedo hablar con la señora Patti.

—A sus órdenes, señor cura—, contestó la diva.

—No puedo salir aún de misorpreza—agregó el sacerdote—; ¡quién me lo hubiera dicho! ¡Tanto honor yo no lo merezco ciertamente! ¡Dejadme, señora, que mientras más os mire, menos crea en tan fausto suceso!

—Diga usted, que no entiendo — repuso Adelina.

—Pues la historia es muy sencilla; yo soy el cura de la parroquia de la Red de San Luis; he visto en los periódicos que allí se bautizó la insigne artista que por todas partes se capta admiración y aplausos, y al consultar los libros de partida de bautismos me encontré, con gran sorpresa, que á mí que llevo más de treinta años de ser allí el párroco, me tocó la fortuna de derramar las aguas del Evangelio en esta cabeza que hoy tengo delante de mis ojos.

—Hijita mía — continuó el sacerdote visiblemente conmovido —: ¿quién había de decirme que en esa primorosa cabecita que yo empapé con las aguas del Jordán, había de ceñir más tarde la gloria sus inmarcesibles laureles? ¿No es verdad que había yo de venir á conocerte y á estrechar tu mano, con esta mano mía que ungió tu cuerpo de recién nacida con el óleo santo, y puso la sal en tus labios y la bendición del cielo en tu alma?

La Patti, enternecida, se levantó de su asiento y abrió sus brazos al anciano que le dirigió nuevas frases de cariño con los ojos llenos de lágrimas.

Después de que el sacerdote conversó un poco con la diva y con algunos de los que

allí la acompañaban, se despidió con exquisita amabilidad ofreciendo volver alguna noche, y la Patti lo detuvo diciéndole con afecto:

—Bueno, señor cura, yo creo que usted no tendría inconveniente en ir al Teatro Real para oírme cantar *Favorita*, y que así pueda juzgarme como artista.

—Hijita mía, con verdadero regocijo iría á escucharte; pero esta corona y esta sotana me lo impiden; en cambio, si alguna vez te acuerdas de los pobres de mi parroquia y quieres socorrerlos por mi conducto, Dios bendecirá tu caridad cristiana.

La Patti fué á abrir su armario y volvió con dos billetes de 100 duros, que entregó al sacerdote, diciéndole:

—Hacedme el favor de repartir ésto entre los que creáis más necesitados.

Fuese el cura, y al día siguiente todos los periódicos narraban con encomio su visita á la diva y el desprendimiento de ésta.

En el mismo día apareció en un diario de la tarde una carta que decía, poco más ó menos, lo siguiente:

«Señores redactores: He leído en su ilustrado diario el párrafo en que se anuncia que el cura de la parroquia de la Red de San Luis, que ejerce dicho curato desde hace más de treinta años, fué ayer á visitar á la

señora Patti, asegurándole que la había bautizado, y recibiendo de ella 200 duros para los pobres de su feligresía.

«Siento mucho el suceso; pero el cura de la parroquia de la Red de San Luis, desde hace más de un año soy yo, y no sé si aquí se bautizó la señora Patti, ni yo he ido á visitarla, ni he recibido de sus manos ninguna suma.—X».

Los lectores comprenderán claramente que un timador se disfrazó de sacerdote y fué á representar la farsa, que terminó con una estafa de 200 duros.

En todo Madrid se comentó el suceso, y en honor de la verdad, muchos alabaron la habilidad con que se llevó á cabo el timo, y decían que la Patti misma se reía del hecho, aplaudiendo la serenidad del que fué á engañarla en presencia de todos los periodistas y de tantas gentes de arte y letras.

Y, como dijo el poeta:

Y si lector dijeres ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.



Los hermanos Valletto.

Los distinguidos y reputados artistas fotógrafos Julio, Guillermo y Ricardo Valletto nacieron en la ciudad de México.

Son hijos de D. Miguel Valletto y de doña Teresa Herrera, originaria de Veracruz.

Don Miguel perteneció á una familia de abolengo, muy acomodada y muy conocida en la alta sociedad española, y se separó muy joven del hogar paterno, consagrándose al teatro, al lado de magníficos actores.

De arrogante apostura, pulcro en el hablar, elegantísimo en el vestir, muy ilustrado é inteligente, de modales de extremada finura, fué en todas partes recibido en los más altos y cultos centros sociales, sin que para ello fuera obstáculo la circunstancia de ejercer la carrera dramática, porque era de aquellos caballeros sin tacha que lo mismo honran y enaltecen la escena como el estrado, donde se les escucha con respeto y con cariño.

El erudito escritor García Cubas encomió

á D. Miguel en su obra *El libro de mis recuerdos*, y no es el único, pues cuantos han tratado de los artistas de otras épocas le tributan, como á nuestra compatriota Soledad Cordero, justas alabanzas á su genio y á sus virtudes.

El Apuntador, periódico teatral de aquellos tiempos, le retrataba diciendo: «el señor Vallete es bien formado; tiene una fisonomía expresiva, ojos vivos, buena acción y modales muy finos en la escena y fuera de ella. Su porte es aristocrático, su trato caballeresco y arreglada y moral su conducta, circunstancias que le hacen muy estimable en la sociedad, tanto como su mérito en el teatro. En el género serio tiene sensibilidad, fuego, nobleza y dignidad.»

Era un gran intérprete de las obras de Bretón de los Herreros, y en la vida social sus amigos fueron siempre los jóvenes más bien educados y más elegantes de la sociedad mexicana.

Como padre de familia distinguióse por el empeño sin tregua que puso en la educación é instrucción de sus hijos.

El galano y elegante escritor Enrique de Olavarría y Ferrari, á quien fraternalmente queremos, encomia al Sr. Vallete en su erudita y valiosísima *Historia del Teatro*, obra

que reclama ser continuada, por ser única en su género, y de un mérito extraordinario.

Don Miguel Vallete vivió algún tiempo en Veracruz, donde nació su primogénito, que lleva su mismo nombre, y que desde 1876 sirve con eficacia y exactitud ejemplares, en la Aduana de aquel puerto.

Vino después á radicarse á México, ocupando la casa de la esquina del Coliseo y San Francisco (donde hoy está el hotel de San Carlos), y allí vieron la luz sus hijos Julio, Guillermo, Ricardo, Concepción y Teresa.

Julio, muy dedicado desde niño á los estudios de Física y Química, se consagró al arte fotográfico y se puso á trabajar para el público, en el año de 1864, en un taller establecido en la calle de Vergara, número 7.

Más tarde, interesó la afición de sus hermanos, quienes primero por ayudarle y después por haberle cobrado amor á la profesión, trabajaron con él, dando desde entonces los tres hermanos, ejemplo de unión fraternal que, en nuestro concepto, ha sido el secreto del progreso, de la estabilidad y del crédito de su casa.

En breve tiempo fueron tan estimados sus trabajos, que ante su cámara obscura acudieron á situarse para ser retratados los más distinguidos personajes de aquella época,